

## IDEAS RECTORAS DE LA MEDICINA NAHUATL

DR. FERNANDO MARTÍNEZ CORTÉS<sup>2</sup>

**H**ABLAR de medicina náhuatl es referirnos a las teorías y prácticas que los pueblos de habla náhuatl tenían para interpretar, evitar y curar las enfermedades. Unas y otras son el resultado, por una parte de ciertas ideas bastante bien definidas y por la otra, de experiencias adquiridas a través del contacto diario con la naturaleza. En esta ocasión nos ocuparemos de dichas ideas rectoras del pensar y actuar médicos. Tomaremos en cuenta para organizar mejor nuestro estudio la separación que hizo Sahagún entre dos tipos de médicos o curanderos: el verdadero médico, herbolario, conocedor de las propiedades de los vegetales y el "falso" médico, hechicero, brujo o nagual sin que, como diremos adelante, nos hagamos solidarios de esta separación tan tajante.

### EL MÉDICO, UN SABIO

Cuando a petición del padre Sahagún sus colaboradores nahuas le informaban acerca del *tlamatini*, vocablo que el historiador franciscano tradujo como "sabio o filósofo" incluyeron dentro del grupo de los *tlamatinime* al médico:

"conforta el corazón, conforta a la gente, ayuda, remedia, a todos cura".<sup>1</sup>

En otra parte de los textos de los informantes de Sahagún se obtiene la confirmación de que al médico —al verdadero médico— efectivamente se le consideraba un sabio:

"El médico verdadero, un sabio, da vida".

Dentro de esta contundente sobriedad del estilo literario náhuatl, con 3 palabras quedan definidas las características y la función del médico: es un sabio, un *tlamatini* cuyo papel consiste —nada menos— que en dar la vida a sus semejantes.

Veamos ahora cuáles son las características del *tlamatini* y precisamos algo las del médico. La disección etimológica del vocablo *tlamatini* ha permitido a León Portilla traducirlo con estas dos oraciones: "el que sabe cosas" o "el que sabe algo".<sup>1</sup>

Este sabedor de cosas es maestro; es, según una hermosa metáfora, tea encendida que no humea sino que sólo luz despidе. Hacia él se encamina todo aquel que desea adquirir sabiduría.

Pero además, el médico es un sabio con ciertas características especiales: no es *tlamatini* a secas sino *tlaximatini*. La inclusión de la sílaba *ixi* confiere carac-

<sup>1</sup> Trabajo presentado en la sesión ordinaria del 21 de noviembre de 1966.

<sup>2</sup> Académico numerario, Hospital General de México.

terísticas muy importantes al sabio así denominado, ya que precisa el método por medio del cual se adquiere conocimiento y, en cierto modo, también el objeto por conocer.

La palabra *tlaiximatini* es una de las numerosísimas palabras compuestas de la lengua náhuatl. La inclusión de *ix* que viene de *ixtli* traducido como rostro o naturaleza, hace posible que entendamos bajo el nombre de *tlaiximatini* a quien "directamente conoce el rostro o naturaleza de las cosas", es decir, alguien que por experiencia propia, tal vez ensayando, experimentando, adquiere conocimientos acerca de lo que se puede ver, tocar, etc.

Los *tlaiximatini* fueron, de acuerdo con los caracteres señalados, hombres poseedores del saber empírico; personas preocupadas por lo que podían percibir sus sentidos, por lo *tlatlācāpāc*, es decir, por lo que existe sobre la tierra, lo natural, lo cambiante y perecedero.

Como contrapruebas de la realidad de este sabio empírico, naturalista, podemos consignar la existencia de otros tipos de *tlatlācāpāc* como el *tlateumatinini*, el "sabio en las cosas de Dios"; el *tlatolmatini*, sabio en la palabra, etc.

Una vez más con los informantes del padre Sahagún quienes con sus noticias nos permiten afirmar que el médico verdadero es un sabio empírico que ensaya, que experimenta y que por este medio conoce el poder curativo de vegetales y minerales; que ha desarrollado una técnica para dar masajes, reducir fracturas, suturar heridas y hacer insisiones:

"El médico verdadero; un sabio (tla-

matini) da vida; conocedor experimental de las cosas; que conoce experimentalmente las yerbas, las piedras, los árboles, las raíces. Tiene ensayados sus remedios, examina, experimenta, alivia las enfermedades. Da masaje, concierta los huesos. Purga a la gente, la hace sentirse bien, le da brebajes, la sangra, corta, cose, hace reaccionar, cubre con ceniza (las heridas)".

La medicina de tipo primitivo es prácticamente pura terapéutica; el hombre lo que desea a toda costa es librarse o librar a sus semejantes de las inconveniencias de la enfermedad; de ahí que lo primero que haga —y a veces lo único— sea recurrir a diversos procedimientos tendientes a combatir los síntomas.

El médico empírico —calificado por los informantes de Sahagún como el bueno, el verdadero— sabía, a juzgar por los datos que poseemos, mucha terapéutica; poseía un arsenal medicamentoso muy amplio, constituido por productos vegetales, animales y minerales. Entre los primeros muchos tienen acción farmacológica indudable según ha sido comprobado por medios científicos. Tal es el caso del *cihuapalli*, del toloache y de otros más.

Sorprende, en efecto, el enorme número de vegetales que los nahuas usaron en su medicina. Tal fenómeno no hubiere sido posible sin la concurrencia de dos elementos: la existencia en el territorio controlado por estos pueblos de gran diversidad de climas que ofrecían una igualmente diversificada flora, y el espíritu de observación, el inte-

rés por las cosas de este mundo, que mostraron los *tlaximatime*. A estos dos factores debemos agregar la también importante organización comercial que hacía posible el intercambio de productos entre lugares bastante distantes entre sí.

El interés de los nahuas por los vegetales los llevó a agruparlos de acuerdo con ciertos caracteres, resultando de esto lo que según opinión de Del Pozo<sup>2</sup> es una verdadera taxonomía. La botánica nahuatl comprendía una división de árboles —*cuahuilt*— caracterizados porque de ellos se podía obtener leña y madera. Existía también el grupo de los *quilitl* —quelites— hecho en función de dos características que poseían los vegetales comprendidos en él: ser herbáceos y comestibles. Los frutales dulces recibían el nombre genérico de *zapotli* mientras que los ácidos se denominaban *xocotl*; las trepadoras, *mécatl*, muchas solanaceas *tómatl* y las plantas de ornato genéricamente eran llamadas *xochitl*.

De especial interés para nosotros es el género *pathli* traducido frecuentemente como medicina, aunque su sentido es mucho más amplio. En efecto, lo mismo es *pathli* una planta medicinal como el *cihuapatli* o medicina de mujer, como el *izquimpathli* o veneno de los perros. Esto quiere decir que el término *pathli* se aplicaba a todo vegetal con acción evidente, sobre el hombre o los animales, fuera ésta saludable o mortífera. Por eso Sahagún comparó el significado de dicha palabra náhuatl al término *pharmakon* de los griegos.

De todos modos, es muy posible que dentro del género *pathli* se hayan in-

cluído vegetales a los que la tradición o mecanismos de pensamiento de tipo mágico o religioso les hayan conferido acción terapéutica sin que poseyeran ningún efecto farmacológico. Una vez más, habremos de distinguir entre *intención* terapéutica y acción farmacológica. Aquella depende de múltiples factores y ésta es una propiedad exclusiva del producto propiamente dicho. También puntualicemos que la carencia de acción farmacológica no quiere decir ausencia de acción terapéutica.

Del caso contrario, o sea de la existencia de vegetales con efecto farmacológico evidente no obstante lo cual no fueron incluídos dentro del género *pathli*, sí tenemos ejemplos concretos. Mencionemos al *ololihqui*, al *peyotl* o peyote, al *toloatzin* o toloache y a los hongos alucinantes.

¿Qué pasó en estos casos?

Hernández<sup>3</sup> en su Historia de las Plantas de Nueva España señala el uso de la semilla del *ololihqui* que comparó al *Solanum manicum* de Dioscórides, con la cual se hacía un unguento —al mezclarla con chile y leche— bueno para las enfermedades de los ojos. La propia semilla ingerida excitaba el “apetito venéreo”.

Hernández es muy preciso al señalar que sólo la semilla se usaba en Medicina. En cambio, la planta poseedora de una acción psicotrópica indudable, sólo se empleaba con fines rituales: “los sacerdotes indios —dice Hernández— cuando querían simular que conversaban con los dioses y recibían respuestas de ellos, comían esta planta para delirar y ver mil fantasmas y figuras de demonios...”<sup>3</sup>

De la raíz del *peyotl* también se señalan únicamente aplicaciones terapéuticas externas: machacada y aplicada sobre las articulaciones dolorosas, las sanas. Por otra parte, aunque se conocían sus efectos al ingerirlas, ésta no se llamó *pahlli*. Dichos efectos son descritos por Hernández en estos términos:

“Cuentan de esta raíz algo maravilloso (si hemos de dar fe a una creencia muy extendida entre ellos) y es que quienes la comen presienten y predicen todas las cosas: sí, por ejemplo, han de atacarlos al día siguiente los enemigos, si les esperan tiempos felices, quién robó un utensilio o cualquier otro objeto y otras cosas semejantes... También cuando quieren saber dónde se encuentra dicha raíz escondida en la tierra, lo averiguan comiéndose otra”.<sup>4</sup>

Respecto al toloache, otra vez constatamos, como en el caso de los dos vegetales a que acabamos de referirnos, su empleo terapéutico únicamente en forma de unguento o aplicación exterior. Se trata de las hojas, las cuales machacadas y untadas, curan las “inflamaciones”. En lo que toca al fruto, es bien conocido su efecto sobre el sistema nervioso al que se le da esta aplicación:

“Comen estos los indios de noche, después de ayunar todo el día y de purificar la casa, para encontrar así las cosas que han perdido o les han robado, y poder ver, encerrados dentro de su casa, la imagen del ladrón”.<sup>5</sup>

Del género *nanácatl* o sea el de los hongos, fueron conocidas ciertas etapas especiales con sorprendentes efectos sobre el sistema nervioso central. Se sabía, en efecto, que unos eran mortíferos —los *citlananacame*—; otros, en cambio, sólo “producen cierta demencia temporal que se manifiesta en risa inmoderada. . . Hay otros que sin producir risa, hacen pasar delante de los ojos toda suerte de visiones, como guerras y figuras de demonios y otros, enormes y horrendos, preferidos por los hombres principales y adquiridos a gran precio y con sumo cuidado para sus fiestas y banquetes”.<sup>6</sup>

Todos estos vegetales cuyas propiedades acabamos de describir tienen dos cosas en común: su efecto sobre el sistema nervioso central y el hecho de que, no obstante que los tres primeros se empleaban como medicinas, no hayan sido incluidos dentro del género *pahlli*. Naturalmente que esta no fue una omisión debida al desconocimiento de su acción farmacológica. Lo que pasó —creemos nosotros es que tal acción era tan dramática, tan portentosa, que parecía superar el nivel de lo humano; de ahí que se les deificara, que se equiparara su ingestión a una especie de comunión cristiana. Era la deidad o, para hablar más generalmente, una fuerza superior la que hablaba por boca de quien había ingerido dichas plantas.

Lo portentoso, lo dramático e incomprensible rebasó la capacidad de observación y de aprendizaje del *tlaiximati*; eso no era de su terreno; quien podía descifrar tales enigmas era el sacerdote y el brujo o *nahua'lli*.

Magia y religión constituyen, junto con lo de carácter empírico, las bases teóricas y los lineamientos que sigue la práctica de la medicina náhuatl.

Dejemos por ahora al verdadero médico, al *tlaiximatini* y ocupémonos de lo que hace otro tipo de médico que según los indígenas que dieron información a Sahagún, es calificado de "falso o mal médico".

No sé hasta qué punto esta división entre verdadero y falso médico está influenciada por el pensamiento europeo, cristiano más concretamente. No hay duda de que en la Historia de Fr. Bernardino de Sahagún existen ciertos puntos de vista europeos, como también se encuentran en el *Libellus de medicinalibus Indorum herbis* —mal llamado Códice Badiano— no obstante que se ha catalogado como genuinamente indígena.

Ciertamente, frente a los nuevos patrones religiosos, todo lo que oliera a prácticas ocultas o a ritos "paganos" era considerado como malo, como pecaminoso. De todos modos, lo más importante para nuestro estudio es que al través de los datos que poseemos podemos precisar la existencia de un tipo de médico que curaba únicamente con procedimientos naturales, empíricos, y otro que recurría a procedimientos mágico-religiosos. Adelantemos de una vez que, salvo algunas excepciones, la labor del sacerdote nada tenía que ver directamente con la curación de los enfermos.

Es de dudarse que haya existido una separación tan nítida como la expresa el historiador franciscano, entre curandero o médico empírico —*tlaiximati-*

*ni*— y brujo o nagual. Mas separados o mezclados, el hecho es que existen dos formas de curar, dos líneas de conducta para relacionarse con el fenómeno biológico llamado enfermedad. Una de ellas es la que sigue el *tlaiximatini*; la otra es propia del *nahualli*, brujo, hechicero o mago.

Hasta el siglo xvii el saber humano estaba fincado en la búsqueda de semejanzas, en la creencia en afinidades entre cuerpos o fenómenos que ahora sabemos cuán diferentes son entre sí y en la aceptación de la existencia de poderes ocultos, de fuerzas sobrenaturales.

Esta manera de proceder estaba tan bien sistematizada, carecía tan absolutamente de contradicciones internas que, aunque no tenía postulados escritos que la rigieran, su estudio puede descubrirlos. Dichos postulados constituyen el fundamento de la magia, forma de pensamientos que imperó en todos los terrenos hasta principios del siglo xviii. Curanderos, médicos y brujos actuaron siguiendo estas leyes, que son dos: la de la semejanza o identidad y la del contacto o contagio.<sup>7</sup>

La idea de la semejanza reducida a sus justas proporciones, fincada en el conocimiento exterior pero atento de la naturaleza, no hay duda de que ha conducido a la adquisición de ciertos hechos verdaderos. Ciertamente, clasificar, procedimiento por el que empieza o en el que termina el conocimiento científico, es comparar. Y comparar no es más que establecer semejanzas y diferencias.

Pero la semejanza como base de la

magia, es algo inventado o, por lo menos, concebido a las volandas. Es, diríamos ahora, un proceder infantil.

La medicina náhuatl está llena de hechos originados en la idea de la semejanza. El brujo o nagual puede pronosticar el curso de una enfermedad atando dos cordeles y diciendo palabras mágicas al mismo tiempo que trata de separar los mecates anudados. Cree que si los cordones se separan también se separará la enfermedad dejando al cuerpo sano y salvo.<sup>8</sup>

El brujo o *nahualli* cura las enfermedades de los ojos atando al brazo del paciente, un ojo de zorra.<sup>9</sup> Combate la astenia a base de sangre de jaguar;<sup>10</sup> cohibe la hemoptisis a base de una pócima hecha, entre otras cosas, con ciertas piedras rojo púrpura;<sup>11</sup> vuelve la agilidad a los miembros anquilosados o paráliticos a base de ungüentos o de preparados ingeribles hechos con grasa y carne de liebre.<sup>12</sup>

Esto quiere decir que el curandero acepta la transmisibilidad de las propiedades sobresalientes —por ejemplo de la liebre— al hombre que toma, se unta o entra en contacto de algún modo con algo perteneciente a este animal. En este caso la idea de la semejanza o identidad se realiza echando mano del principio del contacto o contagio, pues es a través de éste como el hombre artrítico puede adquirir la destreza de la liebre, es decir volverse *idéntico* a ésta.

Este traspaso de propiedades invisibles no siempre se efectúa de modo natural o espontáneo sino que las más de las veces se requiere de la presencia

del brujo o mago, pues éste es quien sabe cómo desprender del objeto que la contiene, la propiedad que se desea transmitir. También sabe cómo evitar —en el caso de que dicha propiedad sea nociva— que ésta afecte a otras gentes, incluso al mismo brujo.

Las consideraciones que acabamos de hacer explican y justifican la existencia social del mago o brujo y su participación no sólo en la medicina sino en otros campos. Asimismo, constituyen el otro grupo de ideas que junto con el empirismo y la religión forman la base de toda medicina primitiva.

La religión participa importantemente en la medicina por sus conceptos acerca de la enfermedad, los cuales pueden reducirse a los siguientes: la enfermedad como castigo, la enfermedad como destino, como "prueba", como advertencia o como expiación.

En las religiones primitivas —o cuando se conciben primitivamente los conceptos religiosos actuales— existe un gran componente mágico. Terminaré dando un ejemplo de la participación mágica en la terapéutica religiosa que los nahuas utilizaban para ciertas enfermedades de la piel:

*Xipe-totec*, "nuestro señor el desollado" es una deidad conectada con la fertilidad de la tierra, con el renacimiento de la vegetación primaveral. En la fiesta que se hace en su honor, los enfermos de la piel buscan su favor. Para ello se cubren, como los demás participantes, cara y tronco con piel humana y así intervienen en diversas ceremonias. El simbolismo religioso de este acto ha sido descifrado por Caso: se trata de

una aplicación más del principio de la semejanza ya que se le pide a la deidad que cubra a la tierra con una nueva piel humana. Nosotros pensamos que el simbolismo no termina ahí. También el enfermo dermatológico pide renovación de su piel; la suya, indeseable por enferma, es semejante a la superficie de la tierra erosionada y estéril. En la ceremonia propiciatoria el sacerdote de Xipe-totec le pide a éste que haga posible el nacimiento de los vegetales vitales, en tanto que el enfermo implora la cicatrización de sus fístulas o eccemas.<sup>13</sup>

#### REFERENCIAS

1. León Portillo, M.: *La Filosofía Náhuatl*. U.N.A.M. 1959. p. 61.

2. Del Pozo, E.: *La Botánica Medicina Indígena de México. Estudios de Cultura Náhuatl*. Vol. V, 1965. p. 57.
3. Hernández, F.: "Historia de las Plantas de Nueva España". En *Obras Completas*. Tomo III, U.N.A.M. 1959. p. 73.
4. *Ibid*, Tomo III, p. 92.
5. *Ibid*, Tomo II, p. 369.
6. *Ibid*, Tomo II, p. 396.
7. Frazer, J.G.: *La Rama Dorada*, México. Fondo de Cultura Económica, 1961. p. 33.
8. Sahagún, B.: *Historia General de las Cosas de Nueva España*. Tomo IV. México, Porrúa, 1956. p. 313.
9. De la Cruz, M.: *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis*, I.M.S.S. 1964. F10 v. p. 197.
10. *Ibid*, F 39 v.
11. *Ibid*, F 20 v.
12. *Ibid*, F 36 v.
13. Martínez Cortés, F.: *Las Ideas en la Medicina Náhuatl*. México. Prensa Médica Mexicana, 1965. p. 60.

## COMENTARIO OFICIAL

DR. GONZALO AGUIRRE BELTRÁN<sup>1</sup>

EL DR. MARTÍNEZ CORTÉS, tanto en el trabajo que ha leído ante esta honorable Academia cuanto en su libro de reciente publicación intitulado "Las ideas en la medicina náhuatl", enfoca el problema apasionante del arte de curar y prevenir las enfermedades y los accidentes que practicaban nuestros antepasados indios desde un marco conceptual novedoso: el estudio de las teorías y patrones de acción médicos en el contexto general del pensamiento nativo sobre el mundo y las cosas, tal y como se hallan expresados en los cronistas europeos

que fueron actores en el drama de la Conquista o en los informantes de esos cronistas que depusieron en lengua nahua sus conocimientos y valores.

Tal enfoque permite contemplar al médico náhuatl y a su arte moviéndose en un escenario impregnado por ideas y prácticas mágico-religiosas muy distinto de aquel al que nos habían acostumbrado los historiadores positivistas. El nuevo encuadramiento es útil porque nos presenta una imagen de la realidad acorde con el estado evolutivo que el pueblo nahua había alcanzado hasta el momento en que entró en contacto con el hombre de occidente pero al propio tiempo hace surgir la oposición y la controversia

<sup>1</sup> Académico numerario. Instituto Indigenista Interamericano.

con aquéllos estudiosos que aun se apegan a la manera clásica de concebir la medicina antigua. En verdad, Martínez Cortés, en este trabajo que comentamos y en su libro, revive una polémica que se inició precisamente con el triunfo del Cristianismo.

Desde entonces, el Cristianismo victorioso y su expansión calificó los sistemas de creencias mágico-religiosas distintos al suyo propio, como falsos. Falsos no en el sentido de que tales sistemas fuesen tenidos como ineficaces o reducibles a pretensiones ilusorias sino porque se suponía que sus efectos eran el resultado de la acción o la evocación de fuerzas malignas contrarias o enemigas del único sistema aceptado como verdadero; eran falsos porque no se basaban en el orden cristiano.

Pero, además, los Padres de la Iglesia, impugnaron la falsedad de las creencias mágico-religiosas no-europeas en un sentido específicamente destinado a desacreditarlas; se las calificó como impuras, perversas, tenebrosas, ausentes de principios morales y subversivas. Por este camino, San Agustín llegó a dividir esas creencias en dos apartados opuestos: la magia perversa o goetia y la magia benéfica o teurgia (De Martino, 1965: 12).

La controversia del cristianismo y las religiones no europeas fue trasladada mecánicamente al Nuevo Mundo por los españoles evangelizadores; las creencias mágico-religiosas nahuas y las prácticas médicas que en ellas se basaban fueron, lógicamente, divididas en buenas y malas; sus practicantes, la ticitl o médica nativa, según hemos escuchado, fueron calificadas de buenas o malas por fray Bernardino de Sahagún. Al extrapolar la polémica cristiana al Nuevo Mundo se asignó a las ideas y prácticas médicas nahuas una calidad de bueno y malo, según la tabla de valores occidentales, que indudablemente no tenían en su origen.

Además, desde entonces, a esas ideas y prácticas también se les asignó un descrédito, un carácter de perversidad y superstición, cuando no de inferioridad e ignorancia, que indudablemente no tienen. Al volver a contemplar las ideas y prácticas de la medicina nahua, el doctor Martínez Cortés, lo hace despojado de los prejuicios que produce el etnocentrismo occidental y con ello abre nuevas perspectivas que permitirán conocer en su verdadero valor y en su significado real la medicina practicada por los nahuas.